

mosaico, los versos yámbicos que acompañan á las figuras de las divinidades de la antigüedad forman el monograma cristiano. Entre los habitantes celtas de la provincia, no había desaparecido todavía por completo el paganismo, y allí donde fué abatido por las nuevas creencias, el carácter del pueblo, «que siempre quería novedades y que no se mostraba constante en nada,» ofrecía un terreno muy propio para luchar por las doctrinas religiosas. Allí comenzaron el arrianismo, en el siglo cuarto, y la doctrina de Pelagio, que era britano, en el siglo quinto. Con la lucha contra el pelagianismo comienza la historia eclesiástica britana propiamente dicha, y en el mismo momento en que quedó el país políticamente independiente de Roma, comenzaron con ella los lazos religiosos.

El obispo romano Celestino, instado por el diácono Paladio, que según parece sostenía relaciones con los fieles de Britania, envió á esta isla, en 429, al obispo German de Auxerre, al cual se agregó Lupo, obispo de Troyes. Estos prelados, en una discusión religiosa que presenciaron como espectadores y como jueces innumerables personas, hicieron callar con «el torrente de su elocuencia» á los partidarios de Pelagio; de su ortodoxia dieron testimonio los milagros, que en aquella época no podían faltar, y á consecuencia de una victoria sobre los sajones y los pictos unidos, que los prudentes consejos de German proporcionaron á los ya desanimados britanos, muchos paganos recibieron las aguas del bautismo. No se crea por esto que las doctrinas arrojadas de Roma desaparecieron repentinamente de la isla. Con el mismo objeto volvió otra vez allí German, acompañado de Severo de Tréveris, discípulo de Lupo, y si los iniciadores de las herejías fueron entregados á aquel sacerdote para ser deportados, este resultado favorable á la futura ortodoxia de la isla fué debido no solo á la predicación sino también á la protección dispensada por los poderes temporales.

La misión de German no es más que un eslabón de la cadena de empresas cuyo objetivo era encadenar más y más á Roma, como centro del cristianismo continental, á los celtas del interior y del exterior de la provincia, que había sido abandonada bajo el punto de vista político. En ella había formado y á ella había sido indudablemente enviado el britano Niniano, que condujo á German al territorio de los pictos del Sur; él fué quien hizo construir en Galloway, enfrente de Man, el primer templo de piedra que se alzó en aquella comarca, y que por el color fué llamado *la casa blanca*, hoy Witehorn. Algunas antiguas piedras sepulcrales cristianas que allí y en algunos puntos de la Escocia meridional y en las costas orientales del mar Báltico se encuentran, pueden servir quizás de testimonio de que las doctrinas del cristianismo no fueron sembradas en tierra del todo estéril.

También la Irlanda fué objeto de las tentativas propagandistas de Roma; allí se encontraban, desde hacía mucho tiempo, algunos cristianos, que eran los prisioneros que los escoceses hacían en sus correrías y algunos indígenas que se habían convertido en el extranjero; sin embargo, faltaba la organización religiosa, y la inmensa mayoría del pueblo irlandés se mantenía aferrada al culto nacional con sus fiestas dedicadas al sol y sus sacrificios humanos. Destruir estas creencias y establecer las verdaderas, fué la misión del citado Paladio, á quien el papa Celestino en 431 envió á Irlanda, después de haberle consagrado obispo de los escoceses cristianos. La tradición irlandesa designa las iglesias que Paladio hubo de fundar en aquella isla, pero hace constar, al propio tiempo, que no obtuvo gran éxito en su misión y que tuvo que abandonar muy pronto la Irlanda, muriendo no entre los irlandeses sino entre los pictos, en Fordun, según se cree. Entonces se presentó San Patricio.

El número de leyendas que acerca de este santo existen, muchas de ellas de tiempos muy antiguos, es extraordinario, y cada una añade nuevos datos á la historia de su larga vida, sin que por esto se tengan de ella noticias más exactas. Los investigadores modernos, ya por su parcialidad, ya por las preocupaciones con que en su mayor parte trataron este punto (1), no han puesto en su estudio todo el cuidado que se merece. Hay, sin embargo, una fuente para la historia de Patricio, contra cuya autenticidad no se puede oponer razón alguna formal, nos referimos á sus propias confesiones. Según estas, era hijo de un senador de Boulogne; á los diez y seis años fué robado y conducido á Irlanda, donde sirvió de pastor á un caudillo de Dalreida, en el extremo Nordeste de la isla. Un sueño le hizo tomar la resolución de dedicarse exclusivamente á la conversión de los irlandeses, pero desde que tuvo esta vocación hasta que la puso en práctica, transcurrieron muchos años, acerca de los cuales no nos da Patricio noticia alguna. Según la tradición irlandesa, que en este punto merece no ser despreciada, los pasó entregado á serios estudios en el convento de San Martín de Tours y en el de los monjes colonos de las islas de Lerin. De trascendencia suma para su vida fueron sus relaciones con German de Auxerre, y aun cuando no merece ser creída incondicionalmente la versión de que acompañó á este en su misión á Britania en 429, puede afirmarse, según parece, que se dirigió á Roma á instancias de German, que había ya recibido su misión del papa. Para nada interesa saber el tiempo que allí permaneció; el papa Celestino estaba visiblemente interesado por la misión enviada entre los celtas, y al saber el éxito desgraciado y la muerte de Paladio (en 432), confió aquel campo de actividad abandonado al discípulo y amigo de German. Irlanda encontró, pues, su apóstol en Patricio, de este fué el nombre que recibió al ser consagrado obispo, de regreso de su viaje á las Galias.

En justicia no puede calcularse lo que vale un hombre por el éxito que haya obtenido, pero una gran actividad justifica la fama de las virtudes de una persona. Para apreciar debidamente á Patricio no podemos hacer cosa mejor que copiar las palabras con las cuales caracteriza en sus *Confesiones* su actividad. Dice así: «Para mí mismo no busco nada, pues quiero permanecer pobre y abandonado, tal como permaneció Cristo en la tierra, pues cada día debo encontrarme preparado para ser asesinado ó reducido á prisión sin haber dado motivo á ello. Nada de esto temo, fiado en las promesas del cielo, pues me he entregado por completo al Dios omnipotente que todo lo gobierna. El me ha elegido para esta misión, á mí que soy su más humilde siervo. Plegue á Dios que no pierda ninguna de las poblaciones que para El he conquistado en este extremo de la tierra.» Su misión no se vio cruelmente perseguida, á pesar de lo cual tuvo que luchar con bastantes obstáculos y peligros.

El mismo Patricio refiere que en cierta ocasión fueron él y sus compañeros presos para ser asesinados en un día dado. «Pero no había llegado todavía nuestra última hora: nos robaron cuanto llevábamos encima y á mí me sujetaron con cadenas, hasta que á los catorce días el Señor me libró de sus manos haciendo que por amor de Dios nos devolvieran lo que era nuestro y los amigos, que tan necesarios nos eran.» Esto pudo haber acontecido cuando en el condado de Leitrim hizo pedazos la imagen del dios del sol Cromerach, en honor del cual se sacrificaban niños, ó bien cuando encon-

(1) Muy detalladamente ha sucedido esto con el obispo de Saint Gallen, Greith, en su obra: *Historia de la antigua Iglesia irlandesa y sus relaciones con Roma, las Galias y Alemania, desde 430 hasta 630*. Friburgo, 1867. El punto capital de esta obra es el de las relaciones con Roma.

trándose cierto día en la villa irlandesa de Tara (al Noroeste de Dublin) en la víspera de Pascua, encendió, al hacerse de noche, el cirio pascual, siguiendo la antigua costumbre. En aquella misma noche el rey Leoghaire celebraba con los magnates de Tara una fiesta pagana, durante la cual y siguiendo los ritos druidicos, no podía encenderse hoguera alguna. Por su falta fueron presos los misioneros y conducidos ante la asamblea, cuyas creencias paganas no podían ya apoyarse en sólidas bases. Entablóse entonces una discusión religiosa con los cristianos, y apenas comenzada, un druida y dos hijas del rey, al decir de la leyenda, se unieron al bando de los misioneros. A este suceso parece aludir Patricio cuando dice con acento de triunfo: «Los hijos de los escoceses se han hecho monjes y las hijas de los reyes, vírgenes de Jesucristo.»

La innegable propensión que encontró Patricio entre el pueblo irlandés para convertirse á las nuevas creencias, y el gran número de templos que en casi todos los puntos de la isla construyeron él y sus compañeros, le obligaron á pensar en aumentar las fuerzas activas religiosas y á pedir que se le enviaran auxiliares de Italia, de las Galias, y sobre todo, de las comarcas britanas, afines por su raza y por su lenguaje de las irlandesas. En efecto, se le enviaron y se le unieron hombres que además de su religiosidad tenían el carácter de representantes de la antigua cultura y que cuanto más amenazadas y acosadas se veían la Iglesia y la civilización por los progresos de los sajones, tanto más dispuestos se mostraron á acudir al llamamiento que se les hacía desde Irlanda, donde podían ambas encontrar nuevo asiento. A su afluencia y á su celo se debe que, á fines del siglo V,—Patricio murió según parece en 493,—no solo fuesen conquistadas para el cristianismo la Irlanda y demás islas vecinas, no solo que fuesen consagrados muchos obispos y fundados muchos conventos en los cuales encontraron en cierto modo su continuación los colegios de los druidas, sino que también estos centros de educación religiosa fuesen centros de vigilante conservación de todo aquello que en dichos países se había salvado de la civilización antigua. Según la tradición, Patricio debió llevar entre sus compañeros algunos artesanos expertos que forjaron las campanas y demás objetos del culto, y entre los misioneros y los obispos hubo sin duda también algunos artistas en este ramo. A la caligrafía se le dió una importancia especial: el alfabeto latino fué entonces introducido por vez primera en la isla, y aun cuando se considerase legendaria la tradición de que Patricio compuso abecedarios, siempre sería una prueba de que el cristianismo y la Iglesia que echaba sus raíces se cuidaban de hacer desaparecer la escritura indígena. En una columna de piedra con una cruz labrada y la inscripción: (*Crux domini*) (1), se ha encontrado un alfabeto que difícilmente puede considerarse anterior al siglo VI. En los conventos de Britania y de Irlanda, innumerables monjes se ocupaban en copiar obras religiosas y profanas, empleándose en este trabajo lo propio la escritura uncial común que la perfeccionada manuscrita, más adelante adoptada también por los sajones. Una de las cosas que más llaman la atención en estos trabajos caligráficos de los monjes britanos é irlandeses, son los adornos. Las iniciales, en cada uno de sus rasgos, estaban encerradas en un marco de espesos puntos encarnados y á menudo veíanse también formadas por entrelazados de colores. Los adornos más bonitos salían de una fantasía inagotable, que siempre encontraba nuevos dibujos y daba por remate á todos los entrelazados cabezas de animales fantásticos. No estaban con igual perfección reproducidas las figuras humanas por aquellos artistas.

(1) Gaidoz, tabla II.

Cierto que esta cultura romano-cristiana quedó reducida al centro religioso y no fué tan pronto patrimonio común del vulgo, pero algo significaba para el porvenir el hecho de que la cohesión con la antigüedad no se rompiera en Britania á pesar de haber cesado las relaciones políticas con las comarcas del Mediterráneo, y se estableciera por vez primera en Irlanda. La antigüedad subsistió en estas comarcas lo suficiente para poder dejar en ellas sus últimos frutos y su más preciosa herencia, que era el cristianismo.

CAPITULO III

ESTABLECIMIENTO DE LOS ALEMANES EN BRITANIA

El espíritu que informaba el organismo del Estado romano, se conoce mejor que por otra cosa por el hecho de que al perecer el todo, ninguna de las provincias se encontraba por sí sola en condiciones de crearse una nueva vida independiente. ¿Cómo hubieran podido sostenerse por sí solos los provinciales britanos, corrompidos por una mala administración, debilitados por las sublevaciones y por las invasiones de que durante algunos siglos les hicieron objeto los extranjeros, y perdidos la mayor parte de sus hombres aptos para las armas? Aun cuando los recuerdos que se encuentran en Gildas relativos á aquella época «en que los romanos se marcharon para no volver más,» tienen un carácter un tanto legendario, no dejan por esto de ser expresión del convencimiento de que no se creía poder vivir sin pensar en el que hasta entonces había sido centro del mundo. En el año 446 la provincia evacuada solicitó, naturalmente en vano, el apoyo de Aecio. ¿De quién pasaría á ser botín? ¿De los bárbaros afines de raza de Escocia é Irlanda, ó de los no menos bárbaros oriundos de Alemania? Los primeros habían invadido el baluarte de tierra mal defendido, derrotando á los habitantes de aquellas comarcas, ó haciéndoles prisioneros ó obligándoles á refugiarse en los bosques, donde la necesidad forzó á hacerse bandoleros á aquellos que habían salvado algo. Una victoria como la que consiguió San German es un hecho que se ofrece con poca frecuencia. Al desorden interior se unían los apuros del exterior. Los caudillos ó reyes de los distintos territorios, hombres, por regla general, que querían hacer derivar sus derechos ya de la posición por ellos ocupada durante la organización romana, como el mencionado Ambrosio, ya de su descendencia de la estirpe de los antiguos príncipes nacionales, como Gnorthigirn, que reinaba en los territorios del Sudeste, no querían en manera alguna asociarse ni someterse voluntariamente á ninguno de los que consideraban sus iguales por ser de la misma clase. Sus luchas llenan los períodos que mediaron entre las varias invasiones extranjeras. La Iglesia no podía tampoco servir de lazo de unión único, pues además de la corrupción de costumbres del clero, contra la cual tanto se clamó, ni todos los provinciales pertenecían á la Iglesia cristiana ni todos los que de ella formaban parte comulgaban en las mismas doctrinas. Las discordias eclesiásticas, de cuya intensidad nos permite formar idea la misión de German, precipitaron necesariamente el desorden general. El hambre, consecuencia de la guerra en un país que poco antes había alimentado con sus cereales á las Galias, y una terrible peste, completaron la miseria, cuyas causas primordiales fueron las repetidas rapiñas de los pictos y escotos, para acabar con los cuales se imploró el auxilio de los sajones.

Cuando los príncipes britanos se resolvieron á tomar á su servicio á los sajones, no hicieron más que seguir el ejemplo de sus antiguos señores, los romanos, los cuales en distintas ocasiones enviaron á residir en la isla á los germanos de las

diferentes razas del continente. La única novedad consistía en que los britanos se unieron con los que hasta entonces habían sido sus opresores, bien que solo procedieron así despues de haber fracasado la última tentativa que hicieron para obtener el auxilio de Roma. Puede, pues, decirse que sino en 441, como supone la corta crónica de Próspero, ó en 449, como se cree comunmente, ocurrió á mediados del siglo quinto la caída de Britania en poder de los sajones. Tal es también la opinion de Beda, el cual coloca el llamamiento de los sajones en el período en que reinaron los emperadores Marciano y Valentiniano III, es decir, desde 449 á 456, ó mas exactamente, desde 450 á 457 (1). Si consultamos otros pasajes, podremos calcular otras fechas, anteriores unas y posteriores otras á la mencionada, fechas que podrán ser exactas todas, pues nada obliga á creer que la alianza con los sajones se intentara únicamente en la comarca de Kent, como podria deducirse de las narraciones de Gildas y de Nennius, que se apoyan en la tradicion verbal y en extremo fabulosa. En los detalles, sin embargo, disienten notablemente ambos autores.

Gildas refiere que el rey Gnorthigirn, oído el parecer de los magnates de su reino y para hacer frente á los pueblos del Norte, llamó á los sajones de Alemania, los cuales acudieron inmediatamente en tres *kiele*s ó embarcaciones de guerra, estableciéndose en el extremo oriental de Britania. Nennius, por el contrario, dice que los sajones habían sido arrojados de su patria, y que despues de su casual llegada les tomó á su servicio Gnorthigirn, que tan amenazado se veía por los pictos y los escotos y por el romano Ambrosio. Añade que les cedió la isla de Thanet con el fértil delta que forma el río Stone en Kent, en el cual se alzan las ciudades de Margate y de Ramsgate. Como se vé, para ambos autores el resultado principal es que los germanos se establecieron en Britania con el beneplácito de Gnorthigirn, ora llegasen á aquella isla llamados por este ó llevados de su propio impulso. Ambos convienen también en que el príncipe britano, para premiar sus servicios, además de cederles los territorios que Beda considera capaces para seiscientas familias, prometió subvenir á su sostenimiento; convienen asimismo en que los sajones prestaron valerosamente sus servicios y en que, robustecidos por los constantes refuerzos que de su patria les llegaban, se negaron á seguir sirviendo á los britanos cuando estos, fuera porque ya no necesitaran de su apoyo, fuera porque el número extraordinario de germanos hacia insostenible la carga de su manutencion, se excusaron de sostenerles por mas tiempo. Entonces los germanos se tomaron lo que se les negaba y volvieron á ser lo que antes habían sido, es decir, enemigos de los britanos, con la sola diferencia de que ya entonces sus correrías por la Britania no tenían simplemente por objeto el robo, sino muy especialmente la conquista y la colonizacion.

Este hecho se encuentra repetidas veces en el imperio romano, siempre que los germanos se establecian en algun territorio en virtud de un tratado. Pero las relaciones detalladas que encontramos en Nennius y mas aun en los autores que le siguieron, son en extremo legendarias, y por lo menos es permitido dudar si pertenecieron á la fábula ó fueron un mito los hermanos Hengist y Hors, á cuyas órdenes llegaron los germanos á Thanet.

(1) Beda, en su *Hist. ecclies.*, I, 15, no dice que el llamamiento se hiciera precisamente en 449; tampoco pudo llegar á conocer esta fecha combinando, como opina Ranke, la de la evacuacion de los romanos (409) con el detalle consignado por Gildas al decir que los britanos vivieron desde entonces cuarenta años tranquilamente. No es Gildas quien señala ese período, sino Nennius, cuya obra, á lo que parece, no fué consultada por Beda, á excepcion de lo que se refiere á la genealogía de Hengist, que en ambas puede retrotraerse á la tradicion general.

Sus nombres, que significan lo mismo (caballo padre), llaman la atencion; pero, ¿cuántas veces no tomaron los germanos sus nombres del reino animal? No se sabe á punto fijo si el Hengist de la guerra británica es el mismo que se menciona en la poesia conocida con el título de: *La batalla de Finisburgo* y en el *Beowulfs-Epos*; pero siempre sus antepasados son héroes y dioses germanos, entre los cuales no falta Wodan (2). Sin embargo, sabido es que en todas partes la antigua nobleza, cuando no puede calcular su abolengo lo hace derivar de los mismos dioses. Para la historia de Hengist es, sin embargo, un detalle de importancia el hecho de que los reyes de Kent se hicieran descender de él en una época en que muy fácilmente podian haberse conservado noticias suyas fidedignas. Es simplemente inconcebible que el rey Ethelberto, por ejemplo, que comenzó á gobernar en 563 y que pasaba por biznieto de un hijo de Hengist, supiese tan poco acerca de un hombre que ciento diez años antes había fundado la soberanía de su familia en Kent é hiciese de él un personaje mitológico. Una persona no puede ser considerada fabulosa por el simple hecho de oirse hablar de ella y celebrarla desde muy jóven, como aconteció, así por parte de los amigos como de los enemigos, con Hengist, junto al cual Hors aparece en lugar muy secundario; de este último solo se habla despues de su llegada, y luego con ocasion de su muerte.

La leyenda mas antigua que acerca de Hengist se conoce es la siguiente. Despues que hubo visto la ineptitud guerrera de Gnorthigirn y de su pueblo, la necesidad le hizo llamar mayor número de soldados que le protegieran. Llegado que hubieron estos en diez y seis *kiele*s, Hengist les dió un banquete al cual fué invitado Gnorthigirn; este se enamoró apasionadamente de la hermosa hija de Hengist, que se encontraba entre los recién llegados, y que por orden de su padre escanciaba vino é hidromel á los convidados. Gnorthigirn la pidió por esposa; Hengist, despues de haber tomado consejo de sus compañeros, puso como precio de la mano de su hija todo el país de Kent, y el rey británico consintió en ello. Hengist dijo repetidas veces á Gnorthigirn: «Ahora soy tu padre y seré tu consejero: sigue tú mis consejos y nadie te vencerá, porque mi pueblo es fuerte. Yo invitaré á mi hijo y á mi sobrino á que combatan contra los escotos, y tú, en cambio, cédeles la comarca septentrional que se extiende junto al Wall.» El rey consintió, y fueron llamados el hijo de Hengist,—según la tradicion anglo-sajona, su nieto, hijo de Erico Aesk,—y Ebissa, que se embarcaron en veinte *kiele*s. Durante la travesía saquearon las Orcadas y se establecieron en el país de los escotos. Hengist mandó á buscar mas *kiele*s, de modo que las islas de su patria quedaron despobladas (3). Gnorthigirn, por amor á su esposa, asumió toda la responsabilidad y se hizo amigo de los bárbaros; su hijo Gnorthemir, por el contrario, los combatió donde pudo, les causó algunas derrotas, y en la batalla librada junto al río Dervent, al Este de York, viendo rota su espada, mató á Hors con un árbol que arrancó del suelo. Los bárbaros pidieron entonces nuevos refuerzos á Alemania, y resolvieron, una vez muerto el victorioso Gnorthemir, desembarazarse

(2) «Su padre es Victigils, su abuelo Victa y su bisabuelo Veta, el hijo de Wodan,» Nennius, párrafo 31. Pero hay que tener en cuenta que los nombres de Veta y Victa, por lo menos, son considerados como personas históricas en una piedra sepulcral encontrada en Cramond (Edimburgo). Hübner, *Inscrip. Christ.*, n.º 211: *In oc tumulo iacit Vetta filius Victi*.

(3) Beda, I, 15, observa que hasta su tiempo la patria de los anglios, que se extendía entre el territorio de los sajones y de los jutos, permaneció yerma. Los anglos habían emigrado por completo, lo cual concuerda con el hecho de que el papel que posteriormente desempeñaron en su patria fué absolutamente secundario.

también de su padre. Con pretexto de firmar con él un tratado de paz, le indujeron á tener una entrevista, á la cual habían de asistir los de una y otra parte enteramente desarmados. Entonces dijo Hengist á los suyos que escondieran los cuchillos en los zapatos. «Cuando yo diga: ¡Sajones, tomad vuestras sajonas! os precipitareis sobre los que acompañen al rey. A este no le deis muerte, pues es esposo de mi hija, y es mejor para nosotros que lo rescaten.» De esta suerte, á una voz de Hengist, fueron asesinados trescientos magnates que habían acompañado al rey, este fué hecho prisionero y atado, y para salvar su vida tuvo que ceder muchos territorios, que entonces tomaron los nombres de Sajonia oriental, meridional y central.

El carácter legendario de esta narracion es evidente, pero irian demasiado léjos los que quisieran negarle en absoluto valor histórico porque demuestra la repulsion de un pueblo vencido, que atribuía su desgracia mas bien á la mala fe y á las traiciones de sus enemigos que á sus propias debilidades. Que Hengist hubiera ya conquistado á Essex, Middlesex y Sussex, es simplemente inexacto; que sus gentes fueran conocidas como sajones cuando Beda llama jutos á los habitantes de Kent, no debe sorprender, como no sorprende que la curia romana hablara de los reyes de todos los territorios conquistados por los germanos como de reyes de los anglios y que este nombre se conservara en definitiva para todos los alemanes de Britania. Ninguna razon tenemos para poner en duda que al establecimiento de los jutos en Thanet y Kent siguieron otros establecimientos análogos en otros puntos,—tales como el de otros jutos al norte, en Wight y sus inmediaciones, el de los anglios en el baluarte de Adriano y en Humber, el de los sajones en las costas meridionales y en la desembocadura del Themse, etc.,—y parece también fuera de duda que los oprimidos britanos hicieron por el momento inútiles estos establecimientos aislados, como lo deja comprender la leyenda de Gnorthemir. Las que mas visos de verosimilitud tienen son las explicaciones que se dan acerca de la suerte que luego cupo á Gnorthigirn. Culpable este de la desgracia de su pueblo y malquisto del clero, sus súbditos se separaron, al parecer, de él para unirse á Ambrosio, príncipe de origen romano, de suerte que Gnorthigirn solo conservó la soberanía de la Gales septentrional. Su heredero tuvo que ceder formalmente aquel pequeño territorio á Ambrosio, el cual apareció entonces como «rey de todos los reyes del pueblo britano,» cimentando esta situacion con las victorias obtenidas sobre los extranjeros.

Por lo demás, con las victorias de los britanos sucedió lo que con la salvacion de la Britania por el emperador romano y sus generales. Algunos triunfos aislados no podian variar en gran escala el curso de los sucesos y este era muy desfavorable á los britanos. No nos es posible seguir en todos sus detalles la retirada de estos, que se ve confirmada por la formacion de pequeños Estados germánicos en los territorios por ellos anteriormente ocupados. A pesar de que el pueblo britano era, al contrario del germano, muy dado á escribir, y por mas que en sus conventos cultivaba una educacion no insignificante, no encontramos narracion alguna referente á la catástrofe de su nacion. Gildas, que presenció los mas importantes acontecimientos de la última década del siglo quinto y de la primera del siglo sexto, los omite casi enteramente, contentándose con hacer algunas cortas observaciones y decir que ora vencian los unos, ora los otros. Las lagunas que dejó en sus descripciones no pueden suplirse con las noticias, en su mayor parte fundadas en las antiguas tradiciones, de los posteriores escritores sajones, relativas á las muchas victorias y á los demás hechos de Hengist, tanto

menos cuanto que están referidas por períodos de ocho años hasta la muerte de Hengist, acaecida á los cuarenta de haber llegado á Britania. Deberemos, pues, contentarnos con los siguientes datos, escasos pero seguros: Hengist fué en un principio el noble caudillo de belicosos huéspedes de bandoleros; luego jefe de los que se pusieron bajo su amparo, y por último, el fundador de un reino germano en Kent; le sucedió su hijo Erico Aesk, en memoria del cual los sucesivos reyes de Kent se denominaron Aeskingos; despues de Erico se sentó en el trono Ohta, luego Irminrico, y por último el hijo de este Ethelberto, durante cuyo reinado (563-616) penetró el cristianismo en Kent, reanudando con sus representantes el hilo de la tradicion histórica, que había sido roto por la invasion.

En tiempo de Hengist, un tal Aella se estableció con sus hijos,—de los cuales le sucedió Cissa,—despues de largas y reñidas luchas con los britanos, en aquella comarca que despues fué llamada Sussex, para distinguirla de los demás territorios sajones. Sus descendientes se sostuvieron en ella, pero su historia es completamente desconocida, porque despues de haber fundado otras soberanías germánicas en el norte y en el oeste, no tomaron parte directa en la lucha contra los britanos.

Mas conocida es, sino la historia, la leyenda sajona de Wessex,—que se distingue por su aficion á los períodos de ocho años,—relativa á las hazañas de Cerdic y de su hijo Cynrico, descendientes, como Hengist, de Wodan, pero que antes que aquel desembarcaron en los preciosos golfos de Portsmouth y Southampton, desde donde poco á poco fueron penetrando con su pueblo, los gervisos, en el interior, invadiendo comarcas en las cuales se mantenía todavía incólume el elemento britano. La leyenda dice que Cerdic se unió á Aella de Sussex y á Aesk de Kent para poder hacer frente con sus ejércitos reunidos á los britanos. A este período corresponden probablemente así la victoria que, al decir de Gildas, consiguieron los britanos en Bath (según se cree en 516) como su celebrado héroe Arturo, cuya tumba se pretende haber sido descubierta en 1189, en el monasterio de Glastonbury. La existencia real de Arturo, es, sin embargo, en extremo dudosa; Gildas, que hubiera debido ser su contemporáneo, no dice una sola palabra de él, y las victorias de Arturo que refiere Nennius,—este menciona doce, y entre ellas no figura la de Bath,—están contadas tan concisamente y las narraciones son tan inseguras en cuanto á los lugares, que de ellas nada puede deducirse en claro, sobre todo la de una batalla que hubo de haberse librado en tiempo de Arturo, en la Gales meridional, en los alrededores de Caerlon. Aun cuando los sajones se retiraron de allí, conservaron á Hampshire, Dorset y una parte del Wiltshire y Somerset hasta las extensas selvas que se extienden al Noroeste y al Sudoeste de Bath. Los jutos se apoderaron de la isla de Wight y la colonizaron, haciendo de ella un principado bajo la soberanía de Cerdic, el cual en 519 tomó el título de rey de los sajones occidentales. La capital del reino era la antigua Venta, ciudad que conservó su nombre en Wintancester (Winchester), y que había sido el primer punto de apoyo de la soberanía romana en Britania. A Cerdic sucedieron en 534 su hijo Cynrico, y en 560 su nieto Ceawlin, que tomó definitivamente á los britanos la ciudad de Bath, extendiendo su dominacion por el noroeste hasta el mar y por el norte hasta Gloucester y Cirencester, y consiguiendo ser el primero de entre todos los reyes sajones, hasta que sucumbió víctima de la alianza que concertaron sus magnates con Ethelberto de Kent. Vencido en la batalla de Wodnesborg (al Sudoeste de Marlborough), hubo de abandonar en 591 el trono de Wessex á su sobrino Ceolrico, marchándose él al destierro.